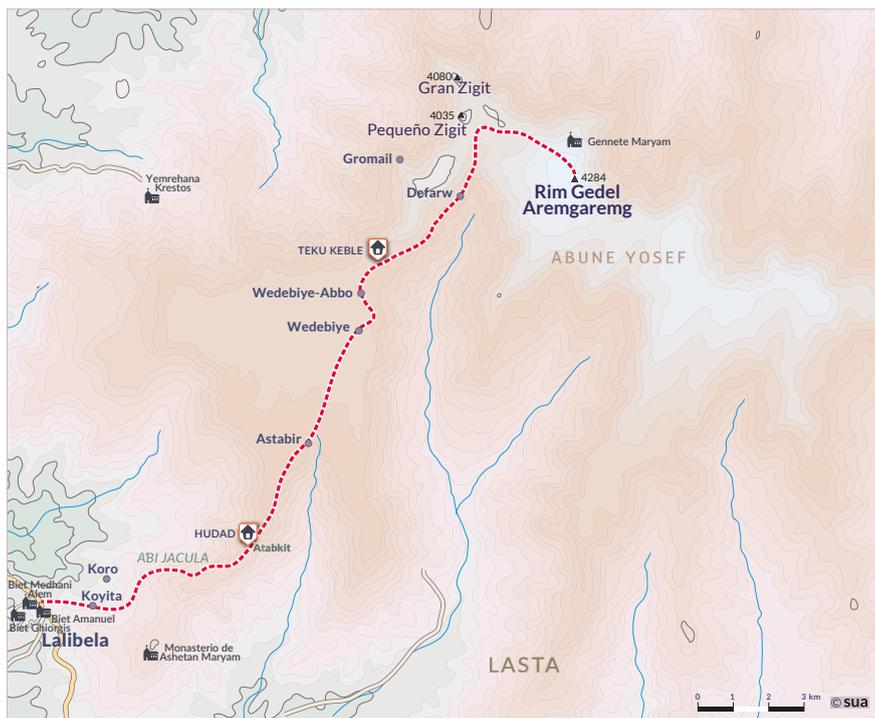


ABUNE YOSEF 4284 m

EN LAS COLINAS DE ETIOPÍA



Nuestro campamento en Teku Keble



En las estribaciones norteñas de la mítica ciudad religiosa de Lalibela, la octava maravilla del mundo según el célebre escritor de viajes Kapuściński, se alcanzan sin complejos las sucesivas elevaciones de Lasta que componen el macizo de Abune Yosef, coronadas en el Rim Gedel - también escrito Aremgareng -, una de las 20 montañas más altas de África.

TEXTO Y FOTOS



Ricardo Hernani
(Bilbao, 1968)

Miembro del equipo de redacción de Pyrenaica y de la Royal Geographical Society de Londres.

Y una de las más desconocidas para el visitante extranjero, el faranji, quien se adentra en este viaje por la provincia etiope de Wollo, en un extremo del Plateau occidental, a buen seguro durante la época más idónea, a caballo entre los meses de octubre y diciembre, buscando el encuentro con alguna de las 40 especies de mamíferos -como el escurridizo lobo etiope o los abundantes monos gelada-, el deleite con las más de 220 especies de aves o las excepcionales estampas que nos ofrece la población local. Dos cuatromiles escoltan de cerca al techo del macizo, se trata del Pequeño y el Gran Zigit (4035 y 4080 m, respectivamente).

Con la expectativa del aire limpio de las montañas, recorremos como alma que lleva el diablo las frustrantes calles de Lalibela (2500 m), donde cualquiera que sea la hora del día nos abofetea la misma realidad. Multitud de niños nos persiguen al grito de *money*, chavales se nos ofrecen a modo de guía a pesar de que Tazeb camina ya ligero al frente del grupo, un chico que se dirige





Sobre los cortados los curiosos *tukuls* de Tesfa Trekking

a comprar su uniforme escolar busca practicar inglés a nuestro lado, algunas mujeres nos piden limosna... Nos detenemos un momento tras superar la comisaría, junto al hotel Seven Olives y la sede de Highland Eco Trekking, a fin de afianzar la carga sobre los pequeños burros. Son las siete y media de la mañana aproximadamente, aunque maldita la importancia que tiene el tiempo aquí, en Lalibela, donde los días han languidecido desde el propio amanecer cada jornada desde los hace casi mil años en que se construyeran los sorprendentes templos, hoy en día Patrimonio de la Humanidad.

Desde la propia plaza con un enhiesto monumento al que nadie presta atención salvo como posadera, descendemos a la izquierda por una desviación callejera para inmediatamente después tomar a la derecha entre varias casas un sendero que nos va haciendo ganar altura hacia el depósito de aguas. Al norte, se divisa como único elemento ordenado un campamento de trabajadores chinos. Dibujamos lo que comienza a ser un ramal de montaña, por terreno seco polvoriento, con chumberas; a ambos lados se abren extensiones considerables de tierras verdes con casitas diseminadas... así hasta enlazar con la pista de tierra que sube hacia el monasterio de Ashetan que abandonaremos pronto a la izquierda (1h); la pendiente se endurece por terreno sembrado de piedra que algunos locales deshacen a golpes sobre el suelo o cincelan con rudimentarios artefactos para su utilización, otros descienden superándonos con gran velocidad provistos de pesados sacos sobre sus espaldas o cabezas a buen seguro con leña que venderán en el mercado, nos topamos con los primeros niños al cuidado de escasos rebaños de ovejas y cabras. El poblado de Koyita (3075

m, 2h 30 min) sugestionan los ojos del visitante con la idílica silueta de las montañas Asheten y Tukul –por su forma– al fondo. Ayudados por las manos trepamos por el sencillo paso de Emislahe dando acceso a un mirador propicio para reponer fuerzas.

La senda avanza ahora a media ladera abriéndose paso por el bosque Abi Jacula, cicatrizando la montaña de forma prolongada hasta el curioso y singular paso de Atabkit, entre dos precipicios (3300 m, 3h 45 min), junto al lodge de Hudad. Depositamos en silencio las mochilas en el suelo junto a un árbol atormentado por los fuertes vientos, para contemplar en la repisa de uno de los cortados una manada de monos gelada de gran tamaño. Tazeb nos tranquiliza explicándonos que, por su escaso contacto con el ser humano, son tímidos y huidizos. El camino se presenta a continuación evidente surcando el breve llano y rodeando una primera cota para situarse bajo los excepcionales e inconfundibles *tukuls* Ad Medhane Alem de Tesfa Trekking, construidos al borde del precipicio. De nuevo a media ladera pero, en esta ocasión, mediante una larga travesía en la que la pedriza nos obliga a avanzar con cautela, ganamos de forma parsimoniosa altitud hasta alcanzar el inmenso plateau (3550 m, 5h). Nos resulta inaudita la agilidad con la que se mueven los cuantiosos niños que se deslizan montaña abajo por sus empinadas laderas para cortarnos el paso y pedirnos algún objeto. Casi todos ellos descalzos.

Descansamos largamente en el llano, pues la mayor parte del esfuerzo en ganar altura de la jornada ha sido efectuado. Nos hidratamos, el aire es seco, muy seco, carente de humedad alguna. Sufren nuestras gargantas

y las fosas nasales, reseca. Comemos pasta que nos sirve nuestra seria cocinera. El plato contiene vegetales, dudamos. Nos reímos con nuestro singular mulero, es sacerdote, porta al cuello una vieja cruz que besan todos aquellos con quienes nos hemos topado; a la noche será nuestro guardián, rifle en ristre. Todo un personaje, con una eterna sonrisa en su curtido rostro cuasi oculto bajo el turbante. De vez en cuando, nos dan alcance uno o dos locales, que se sientan tímidamente a una cierta distancia y nos observan. Cuando les fotografiamos, apartan siempre la mirada.

Superamos *tukuls* dispersos, donde hombres aran la tierra y niños cuidan rebaños

De nuevo en marcha, caminamos ya con soltura sobre la inabarcable llanura a 3600 m. Cuatro niños de corta edad recogen solos hierba y pequeñas ramas que cargan a sus espaldas. El más desafortunado no lleva calzado. Oteamos los cuatro puntos cardinales y no vemos a nadie. Les regalamos unos lápices y cuadernos que hemos traído para repartir. Con la congoja que nos carcome ahora, se silencia la conversación del grupo. Durante dos horas seguimos llaneando, atravesando con posterioridad la destaralada villa de Wedebiye con su centro médico, donde un nutrido grupo de niños se divierte persiguiéndonos. La más traviesa golpea una de nuestras botellas de agua intentando cogerla, la mayoría ríe. De nuevo la misma niña, en esta ocasión nos escupe. Nos volvemos. La señalo con el brazo y el dedo totalmente extendidos, y se desata el horror. Los niños corren despavoridos. Nos reímos. Superamos *tukuls* dispersos, donde algunos hombres aran la tierra y nuevamente los niños cuidan pequeños rebaños de ovejas o cabras.

El plateau muere, descendiendo el camino hacia el verde valle de Hamusit con la visible silueta ya del Rim Gedel al fondo. Conectamos con la pista de tierra que atraviesa el valle en el pueblo de Hamu Sete donde la iglesia constituye la única construcción resplandeciente. La pista quiere ser la supuesta carretera que una Lalibela con esta población progresando montaña arriba. Data del año 2014. Tazeb nos confirma que solo es practicable en todoterreno. Al final del valle llegamos a los *tukuls* en los que pasaremos la noche, en el lugar conocido como Teku Keble (3630 m, 8h 30 min, 20 km aprox, N 12° 7' 34" - E 39° 8' 36"). El sol marca el ritmo de la vida; al ocaso, el frío unido al viento nos hace retroceder al interior de los *tukuls*



Descansando junto a las lobelias con el Pequeño Zigit al fondo

en uno de los cuales cenaremos sopa caliente y pasta. Tazeb y el mulero hacen fuego en el interior. Optamos por el abundante humo frente a la intemperie, pero nos apresuraremos en dar cuenta de las raciones y retirarnos a dormir cuanto antes.

Amanecer en un campamento de montaña de este tipo constituye sin duda una de las idílicas escenas con la que sueña cualquier montañero cuando emprende un viaje. Sobre

un océano de colinas, montañas y profundos valles degustamos primero un té caliente y después un café tradicional etíope acompañado de alguna barrita energizante. Varios niños viven aquí, con diez, con doce años, con tan solo una manta que pueda considerarse atuendo como tal, el resto harapos. Aquí no hay agua potable, no hay luz. No hay juguetes y tampoco les vemos jugar. Nuestro sacerdote y mulero se retira ahora a descansar tras ejer-

cer de guarda durante la noche. El rifle cargado, como nos enseñara, y dos cartucheras en el cinturón con 3 balas adicionales cada una...

Nos ponemos en movimiento por la pista de tierra que asciende con buen trazado a media ladera. Más niños, agricultores, ganado, poblados cada vez más modestos... Progresamos con decisión hasta situarnos a la altura de la cima del Pequeño Zigit (4035 m, 1h) que emerge en las cercanías a nuestra izquierda. Lo obviamos a pesar de su proximidad y fácil acceso. El sentido de la marcha es obvio, hacia el collado anterior al Rim Gedel. Atajamos a nuestro antojo los largos zigzag de la pista por senderos sobre praderas sembradas con grandes lobelias (*lobelia rhyngopetalum*). A nuestra espalda irrumpen ya como dos grandes escoltas de nuestros pasos tanto el Pequeño como el Gran Zigit. A las dos horas de caminata nos hemos situado sobre la cota cuatromil, la pista continúa hacia el poblado Rim Gedel en las cercanías de la cima del mismo nombre. Nosotros nos desviamos directamente al sudeste hacia la peculiar figura que conforma la cumbre, que alcanzamos con facilidad por terreno rocoso (4284 m, 3h 20 min). El panorama es grandioso, circular e infinito. Y especialmente espectacular la caída al norte sobre el valle protegido por el monolito que da nombre al macizo, el Abune Yosef. Nos encontramos sobre una de las grandes elevaciones del continente negro, y nos resistiremos a abandonarla.

Mole final del Rim Gedel

